Cuadernos LIRICO

Revista de la red interuniversitaria de estudios sobre las literaturas rioplatenses contemporáneas en Francia

23 | 2021

La vereda de enfrente. Cruces entre las literaturas argentina y chilena del siglo XX

La vereda de enfrente

Le trottoir d'en face

The opposite sidewalk

Andrea Kottow y Carlos Walker

Edición electrónica

URL: <https://journals.openedition.org/lirico/11827>

DOI: 10.4000/lirico.11827

ISSN: 2262-8339

Editor

Réseau interuniversitaire d'étude des littératures contemporaines du Río de la Plata

Referencia electrónica

Andrea Kottow y Carlos Walker, «La vereda de enfrente», *Cuadernos LIRICO* [En línea], 23 | 2021, Publicado el 15 diciembre 2021, consultado el 07 enero 2022. URL: <http://journals.openedition.org/lirico/11827> ; DOI: <https://doi.org/10.4000/lirico.11827>

Este documento fue generado automáticamente el 7 enero 2022.

Cuadernos LIRICO está distribuido bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional.

La vereda de enfrente

Le trottoir d'en face

The opposite sidewalk

Andrea Kottow y Carlos Walker

Lo nacional modificado

- 1 Las extrañezas de nuestro tiempo parecen traer de vuelta, entre otras cosas insospechadas, cierto protagonismo de las discusiones sobre lo nacional. Por un lado, el tardío siglo veinte fue el escenario de una creciente y a ratos furiosa globalización que, entre sus espejismos más célebres, bregaba por mercados interconectados e identidades homogéneas, sin que ello significase olvidar el costado más estereotipado de las identidades nacionales; en cambio, por otro lado, las primeras décadas del siglo XXI, han sumado alertas sobre los efectos nocivos de la llamada globalización, aquí, la crisis climática y el coronavirus son los ejemplos más evidentes. De este modo, lo propio, lo local, o lo nacional, han vuelto a servir como posible cobijo, donde el resguardo de las fronteras –desde las geopolíticas hasta las que trazan los confines de los propios cuerpos– parece imperioso para la supervivencia. Los diálogos acerca de lo común, de la posibilidad de constituir una comunidad, se han tornado, quizás, más necesarios que nunca y, consecuentemente, han generado efectos en extremo dispares, que van desde la reivindicación de la hibridez identitaria hasta el resurgimiento de enclaves totalitarios como vía regia para definir lo nacional.
- 2 Este escenario vuelve desafiante la pregunta sobre lo nacional cuando se trata del campo literario, cuyos desarrollos se vinculan estrechamente a la conformación de lo nacional, a su configuración como una superficie donde se construye e imagina la recurrencia de los tiempos pasados, su estela de futuro. Lo que nos permite volver sobre la importancia de lo sostenido por Doris Sommer en *Ficciones fundacionales*, quien demuestra, justamente, que, si bien la idea de lo nacional antecede al nacionalismo letrado, esa idea se encarna de forma ejemplar en la literatura, vale decir, en el ejercicio de escribir los contenidos de la nación, en la práctica de imaginar lo nacional. En este marco, una de las propuestas que está en la base de este número monográfico

busca desarrollar esa pregunta a través de un periplo por las relaciones, los movimientos, los intercambios, que se puedan establecer entre las literaturas argentina y chilena del siglo XX.

- 3 Las discusiones en torno a lo nacional se alteran cuando son pasadas por el tamiz de las respectivas literaturas vecinas. La dificultad de ofrecer una definición satisfactoria de lo nacional se pone a prueba –por vías menos transitadas, cabe conjeturar– cuando se intenta abordar el asunto desde una perspectiva binacional, que insta a preguntarse sobre las características propias de una u otra literatura nacional. Por el contrario, y al mismo tiempo, el gesto permite cuestionar los límites que enfrenta lo nacional, en la medida que sus características se despliegan en contraste o en continuidad con las de la tradición letrada del país limítrofe.
- 4 En síntesis, si señalamos de entrada una problemática vinculada a un término tan transitado y vapuleado como el de *literatura nacional* –una de las ficciones más célebres de la historiografía literaria, junto a la de la unidad de los siglos, según Roland Barthes (2004)–, es debido a que tanto su pertinencia como su puesta en cuestión se revelan como una herramienta crítica que recorre, con distintas inflexiones y protagonismos, las distintas colaboraciones que componen este número de *Cuadernos LIRICO*. En otros términos, si volvemos a subrayar una serie de preguntas tradicionales sobre la vigencia y eficacia de lo nacional como criterio de lectura para las manifestaciones literarias, es porque constatamos que interrogar las relaciones entre las literaturas argentina y chilena del siglo XX trae consigo una operación crítica paradójica. En este sentido, se trata de un enfoque que lleva a reforzar los límites de lo nacional, pero ese mismo reforzamiento parece operar a su vez como una puesta en crisis de esas fronteras. Por lo pronto, se parte de la base de que existe la literatura chilena y la literatura argentina como efectos de una sistematización –renovada y discutida permanentemente– que ordena los textos y que, por esa vía, los hace visibles para sus lectores y críticos. Partimos de esa base, entonces, y en el camino verificamos modificaciones de lo nacional, de sus versiones más reconocidas al menos, a efectos de las lecturas transnacionales reunidas en este dossier.

Excentricidad y ascetismo

- 5 Hay dos momentos, acaso lejanos entre sí, en los que la literatura argentina habría perdido su veta modernista, afirma María Moreno en un ensayo sobre Pedro Lemebel. Primer momento, aquel donde se instala un desdén por la lírica modernista en favor de la ficción del ser nacional. Moreno alude, en particular, a una observación de José Ingenieros en la que se asocia el “despilfarro de *tropos* a una fiebre antisocial no rentable por el Estado” (2011: 139). Segundo momento, estaría representado por Borges y el grupo Sur, quienes habrían instalado una “nueva ascética” de la lengua literaria, reforzando así el vínculo entre las exuberancias de la lengua y cierta “guarangada consumista de nuevos ricos” (Moreno 2011: 139). A favor de este ideal ascético que se habría inoculado en la literatura argentina, se puede evocar el “Epílogo” que Borges escribiera para la edición de sus *Obras completas* de 1974. Allí, se presenta una entrada sobre el mismo Borges hallada en una imaginaria Enciclopedia Sudamericana, “que se publicará en Santiago de Chile, el año 2074” (1989: 505). Entre otras cosas, se destaca el influjo de Paul Groussac y Alfonso Reyes, de quienes el autor referenciado, Borges, habría aprendido la importancia de “simplificar el vocabulario, entorpecido entonces

de curiosas fealdades” (1989: 506). Por su parte, el ensayo de Moreno se cierra exaltando la lengua de Lemebel, al tiempo que se imagina la función que esta podría cumplir en el seno de las letras argentinas, para de esa forma “liberarnos de la parquedad borgeana” (2011: 140).

- 6 En el mismo sentido, aunque apelando a referentes por entero diversos, Damián Tabarovsky supo ponderar un rasgo de la literatura chilena poco atendido, su excentricidad. Luego de aclarar que su admiración se concentra más en la narrativa que en la poesía chilena, y de repasar algunos nombres –Alberto Blest Gana, Joaquín Edwards Bello, Juan Emar, Enrique Lihn, Rodrigo Lira, Roberto Merino, Jenaro Prieto, Malú Urriola, entre otros– sintetiza y afirma:

La literatura chilena es mucho más excéntrica que la argentina, porque todos los autores que te nombré, como Lira, Emar, Prieto, son de un nivel de rareza muy superior a la Argentina, que siempre fue una literatura más sobria, más oscura, más aburrida. Me da la impresión que hay una locura en la literatura que los propios chilenos no ven. Eso me parece más interesante que decir que los chilenos son sobrios, pacatos y todo lo demás (Gallo 2009: 23).

- 7 Si nos quedáramos con estas versiones entregadas hace no mucho tiempo por dos destacados escritores argentinos, podríamos vernos llevados a creer que las particularidades de la literatura chilena, a la hora de una comparación tentativa con las letras argentinas, pasan por su capacidad de inventar una lengua vistosa, profusa, ora modernista, ora barroca, y por la proliferación de figuras autorales poco convencionales, descentradas, raras, locas, excéntricas. En cambio, si atendemos a las respuestas dadas por escritoras y escritores chilenos a la “Encuesta Binacional” incluida en este dossier, sobresale la ponderación de la literatura argentina como extrovertida, delirante, radical, mientras que la chilena aparece como retraída, intimista, y renuente a los riesgos.
- 8 Si bien los dichos evocados son el resultado de una serie de generalizaciones fundadas en criterios nacionales, parece haber un acuerdo tanto a la hora de afirmar que la sobriedad, la parquedad y ese apego chato a la tradición son rasgos propios, como cuando se valoran las particularidades sobresalientes de la literatura vecina.
- 9 Desde nuestra perspectiva, en este caso poco importa de qué lado está la razón. Se trata, más bien, de formular una pregunta que recorre de distintas maneras este número de *Cuadernos LIRICO*, a saber, ¿cómo se lee la literatura del país vecino? Pero también y, sobre todo, ¿cuáles son las marcas enunciativas de las lecturas que se hacen sobre esa literatura vecina, que tal vez digan más sobre quien lee que sobre lo leído? En otras palabras, hay toda una dimensión muy cercana al juego de espejos que parece ponerse en el centro cuando se leen las manifestaciones de la literatura del país colindante: la atención puesta sobre eso que se presenta como cercano y a la vez extranjero permite indagar a su vez en aquello que se cree propio.
- 10 Sin embargo y a pesar de que toda la propuesta de este número monográfico se asienta en lo nacional como criterio de organización, el resultado es menos una reafirmación de las diferencias que una exploración de distintas perspectivas y posiciones que permiten pensar las relaciones, el entre dos, o el intervalo al que da lugar su consideración conjunta. Valga la insistencia, las características comúnmente atribuidas a lo nacional en las respectivas literaturas se alteran cuando son pensadas a través de una tradición extranjera, por muy cercana que sea, o mejor aun, es gracias a esa cercanía que dicha alteración se vuelve significativa.

Sólo faltó una cosa: la vereda de enfrente

- 11 Los procesos históricos compartidos, los más de cinco mil kilómetros de extensión de nuestras fronteras, las inflexiones y variaciones locales de la lengua, y un conjunto de determinaciones de circulación y recepción de la literatura, conforman una suerte de panorama inicial desde el que es posible aproximarse a la serie de cruces con que aquí se presentan los intercambios entre las literaturas argentina y chilena del siglo XX. Por añadidura, la proliferación de los últimos años en cuanto a los lazos entre ambas literaturas insta a una indagación más detenida, que no apunte tanto a explicar el creciente interés actual –de circulación editorial y crítica– sino que de un paso atrás en aras de interrogar los antecedentes de estos movimientos trasandinos.
- 12 Esta propagación de lecturas, ediciones y reconocimientos permite dar cuenta de un interés mutuo por la actualidad de las literaturas del país vecino y, por lo mismo, nos sirvió para plantear una primera hipótesis general, un primer desplazamiento, en vistas de organizar el campo de interés de este número: durante el siglo XX las literaturas argentina y chilena parecieran –desde nuestro presente y a excepción de ciertos protagonismos autorales específicos– haber corrido por caminos paralelos o, cuanto menos, haber logrado prescindir de una crítica que se hiciera cargo de sus cruces, relaciones, semejanzas o contrastes.
- 13 Si bien entendemos que el “sintagma siglo XX” (Badiou 2005: 16) es de entrada problemático y muy general, su mismo carácter heterogéneo permite subrayar una dimensión donde el aspecto binacional revele su capacidad de transformarse en un tema de interés para la historiografía literaria. De todas formas, esta división alude a características panorámicas de ambas literaturas, tal y como se desarrollaron después del período que Ángel Rama (2004) llamó de “modernización internacionalista” (1870-1920). De hecho, dicho período y su antecesor –vale decir, desde los procesos de independencia hasta la constitución de las literaturas nacionales y su subsecuente profesionalización– han sido mayormente estudiados desde enfoques binacionales, debido a los desarrollos sociales compartidos en lo relativo a sentar las bases de lo nacional para sus respectivas *comunidades imaginadas* (Anderson 2000).
- 14 Ahora bien, el comienzo del siglo XX marca, entre otras cosas, un distanciamiento decisivo en cuanto a los desarrollos políticos y culturales de ambos países. Los flujos de dinero, la ubicación geográfica, la inmigración, el auge de la cultura popular, la gran urbe, son algunos de los elementos con los que se suele cimentar la leyenda de la Argentina como un país acaudalado, culto y con un futuro promisorio entre sus pares de la región. Como en toda leyenda, las verdades se mezclan con las exageraciones, invenciones e inexactitudes, y desde luego no es nuestra intención establecer aquí los márgenes de esa leyenda. Con todo, el comienzo del siglo XX consolida la imagen de la Argentina, en especial de Buenos Aires, como un centro cultural latinoamericano. Si bien este no es el lugar para entrar en los detalles que caracterizan este periodo de la historia en que se verifica una creciente diferencia entre la sociedad argentina y la chilena, sí se puede, en cambio, apelar a una descripción hecha por un escritor chileno en ocasión de su paso por Buenos Aires en 1925. Joaquín Edwards Bello va camino a Europa junto a Álvaro Yáñez Bianchi (Juan Emar), ha tomado el tren trasandino en Santiago para embarcarse en Buenos Aires, en donde pasa varios días y anota lo siguiente:

Buenos Aires tiene más de dos millones de habitantes: es una metrópoli definitiva en sus aspectos materiales y que marcha con toda seguridad a formarse una cultura propia. Por todas partes vimos nuevos edificios y construcciones que, como todo lo que comparamos ya, nos produjeron un poco de tristeza.

Los chilenos tenemos la manía de comparar, y recuerdo que hasta hace unos quince o veinte años teníamos la pretensión de querer marchar en el progreso a la misma velocidad que los argentinos. Recuerdo perfectamente cuando seguíamos paso a paso los adelantos de la nación vecina con el ánimo de no quedarnos atrás, y aun de sobrepasarla si fuera posible. Antiguamente, muchos argentinos, que más tarde fueron ilustres, iban a educarse en los colegios o universidades de Chile. ¡Qué belleza de pasado! Actualmente no creo que nadie se atreva siquiera a establecer comparaciones entre Santiago y Buenos Aires (2008: 411-412).

- 15 Desde luego, no queremos hacer pasar este distanciamiento, verificable en los desarrollos de ambos países, como un punto de mira que venga a aquietar la heterogeneidad del siglo XX o, al menos, a ordenar los abordajes de los cruces entre la literatura argentina y la chilena. Por un lado, la circunstancia evocada permite interrogar los efectos que este crecimiento dispar pudo tener sobre las tradiciones literarias de cada país y sobre las relaciones que se tramaron entre ellas. Por otro lado, más bien por omisión y por extensión, ella permite reforzar un tópico tradicional de las literaturas del subcontinente, pero que tiene una nutrida historia en el caso argentino: la importancia de la mirada puesta, no tanto sobre las culturas vecinas del subcontinente, sino sobre todo en las manifestaciones de la cultura europea¹.
- 16 Ahora bien, si la mirada argentina siempre estuvo dirigida hacia el norte, hacia Europa, en principio, pero también a Estados Unidos, ¿qué sentido tiene decir que la literatura chilena está en la vereda de enfrente, cuando el frente añorado solía ubicarse en París o en Madrid? Instigados por una suerte de imagen fantasmática que parece hacer de los países una figura humana, nos hemos acostumbrado a pensar que para la literatura argentina la chilena está a sus espaldas o, en el mejor de los casos, a un costado poco atendido, sobre todo si se considera esa mirada europea, pero también si se la compara con las presencias de las letras brasileñas o uruguayas. Esta imagen del dorso se refuerza si se concede cierto protagonismo al imaginario insular que, en ocasiones, se ha hecho derivar de la geografía chilena, cercada entre la cordillera y el mar. Por otra parte, tratándose de dos culturas periféricas, el centro –se podría argüir en un arrojito de centrismo– siempre está lejos, física y simbólicamente hablando. Ese centro, de haberlo, no haría más que agudizar el narcisismo de las pequeñas diferencias entre los semejantes: el centro, sería pues el verdadero meridiano, el único frente.
- 17 Por el contrario, para nosotros se trata de avivar una mirada binacional –vale decir, una mirada transnacional– que siempre ha estado presente, pero que, para su fortuna podríamos agregar, ha escapado del primer plano de atención de las exégesis y de las agendas. Se trata entonces de hacer del límite, de la frontera, pero sobre todo de la cercanía, de la vecindad, un espacio literario. La alusión de la vereda de enfrente, si cabe evocar aquí el famoso verso de Borges, alude ante todo a su ausencia, vale decir, a una topología de las orillas, donde la difuminación de los límites se transforma en una operación crítica de descentramiento². Mirar, entonces, la vereda de enfrente como una estrategia de lectura, y no como una suerte de reparación histórica. La ausencia de vereda quiere ser un repertorio de maniobras críticas e históricas ante una topología literaria que aún está por hacerse.
- 18 Pensar, entonces, esta vereda de enfrente como un espacio intermedio, del entre-medio, más que insistir en las fronteras que separan una nación de otra, o acentuar las

semejanzas que se producirían más allá de las fronteras, impulsa una cierta desterritorialización.

- 19 En este contexto, también es pertinente mencionar las disquisiciones que en las últimas décadas han revitalizado el antiguo término de la *Weltliteratur*, pues en ellas se destaca el protagonismo que han tenido las relaciones entre la literatura y el espacio, o los vínculos que la literatura pretende establecer con el territorio, tanto el propio como el ajeno. Se trata de un asunto que se juega en un registro imaginario, donde los anhelos y deseos son tanto o más importantes que lo que podría asentarse en lo verificable. La propuesta de Homi Bhabha, a propósito de lo que designa como el *in-between*, puede resultar útil para situar este ejercicio y, al mismo tiempo, para dar cuenta de aquello con lo que el lector de este dossier se encontrará en los diversos artículos que lo componen:

Estar en el “más allá”, entonces, es habitar un espacio intermedio, como puede decirlo cualquier diccionario. Pero habitar “en el más allá” es también [...] ser parte de un tiempo revisionista, un regreso al presente para redescubrir nuestra contemporaneidad cultural; reinscribir nuestra comunalidad humana e histórica; tocar el futuro por el lado de acá. En ese sentido, entonces el espacio intermedio “más allá” se vuelve un espacio de intervención en el aquí y ahora (1994: 23).

- 20 En simultáneo, este espacio intermedio conjuga –entre las fronteras y más allá de ellas, mirando y dándole la espalda al que se encuentra enfrente– un movimiento extraterritorial e intercultural. Tal y como propone Bhabha para la literatura mundial, las culturas “se reconocen a través de sus proyecciones en la ‘otredad’” (1994: 29). El espacio intermedio, interfronterizo, se constituye, de este modo, en un lugar que posibilita una reflexión que transita desde el presente al pasado, desde acá para allá, habilitando un intersticio que permite ciertas prácticas crítico-teóricas, que este número pretende poner en circulación.

El número 23

- 21 Los primeros dos artículos que abren la sección “Pasajes” tienen, justamente, mucho que ver con modalidades específicas de interrogar aquello que se abre en ese espacio intermedio. Ambos giran en torno al trabajo de Samuel Glusberg, alias Enrique Espinoza, editor de la célebre revista *Babel*. El artículo de Juan José Adriasola y Luis Valenzuela se centra en el trabajo editorial que Espinoza realiza entre las ciudades de Buenos Aires y Santiago. Durante la primera mitad del siglo XX, este conocido editor, traductor y ensayista configura, de acuerdo con la hipótesis central del texto titulado “Comunidad y heterodoxia en el trabajo de Enrique Espinoza en *Babel*”, una comunidad intelectual, entendida como el efecto de un deseo comunitario. Este anhelo pasa por un tránsito argentino-chileno pero, a su vez, implica una idea de una literatura del mundo, que incluye a autores que no se restringen al espacio binacional implicado por los lugares de edición de *Babel*.
- 22 Uno de los ejemplos de este ejercicio puesto en juego por Espinoza en la revista *Babel*, es el lugar que en su etapa chilena se le da a la obra de Guillermo Enrique Hudson. Pablo Concha Ferreccio busca en su artículo mostrar que la canonización de la figura de Hudson permite reflexionar acerca de una identidad cultural latinoamericana, cuyo telón de fondo es el escenario de la Segunda Guerra Mundial. La importancia del autor argentino-británico en el proyecto de Espinoza, así la propuesta de “G. E. Hudson en la

revista Babel: reconversiones universalistas desde América Latina”, sólo se hace posible a partir de la configuración de una red que involucra colaboradores no-argentinos que permiten esta lectura americanista y al mismo tiempo universalista del escritor.

- 23 Por otra parte, una serie de anécdotas con foco en la circulación y recepción de la literatura chilena en Buenos Aires a finales de los años sesenta, organizan la contribución de Carlos Walker, “Noticias de la literatura chilena en Buenos Aires”. Su trabajo se concentra en una antología de narrativa chilena que publica la editorial Jorge Álvarez; en un texto que Manuel Rojas escribe a propósito de una invitación a Israel, donde además coincide con Jorge Luis Borges; en la recepción que se le dio en la Argentina a los libros de Pablo Neruda y Nicanor Parra; y en un texto de Antonio Skármeta que causó especial revuelo en la crítica literaria argentina. A partir de allí, se propone que estas maneras de circulación de la literatura chilena podrían acaso decirnos más acerca de las maneras de leer propias de la literatura argentina que sobre las cuestiones que se señalan a propósito de las letras chilenas.
- 24 En la sección “Contrapuntos”, los artículos que la componen invitan a leer de forma conjunta a autoras y autores argentinos y chilenos a partir de una serie de cruces, muchas veces desatendidos por la crítica. En el artículo “Puntuación y ruido en la poesía política de los noventa”, Ana Porrúa se concentra en dos poemarios –*Punctum* del argentino Martín Gambarotta y *Metales pesados* del chileno Yanko González– para pensar sus respectivos recortes de lo sensible (Rancière). Estos dos libros se leen como manifestaciones sintomáticas de una cierta forma de pensar lo político, donde los distintos lenguajes, y sus maneras de recortar el espacio y la mirada, se vuelven signos que son al mismo tiempo epocales y poéticos, y que por esa vía entretejen a lo literario a través de un interrogante sobre lo común.
- 25 La propuesta de Ana Traverso, situada un poco más atrás en el tiempo, desarrolla una lectura desde el tópico del secreto, en particular, a partir de una serie de textos de Silvina Ocampo, María Luisa Bombal y Marta Brunet. Publicados entre fines de los años '30 y comienzos de los '60, ciertos cuentos de Ocampo, *Las islas nuevas* de Bombal, así como la última novela de Brunet, *Amasijo*, son analizados en base al protagonismo de diversos secretos: familiares, policiales, sexo-genéricos, existenciales. El artículo explora estos secretos, en el entendido que se trata de estrategias narrativas y técnicas literarias, lo que resulta a su vez una manera de aproximación, desde el lenguaje literario, hacia el registro de lo inconfesable, incluso de lo indecible.
- 26 “Misticismo poético a ambos lados de la cordillera: *Purgatorio* de Raúl Zurita y *Hospital Británico* de Héctor Viel Temperley”, de Adela Busquet, busca deconstruir una idea que domina la crítica literaria que se ha ocupado de la obra de estos dos grandes poetas. A partir de dos polos que, en apariencia, estarían en las antípodas –*Purgatorio* de Zurita buscaría un juego con la lógica, mientras que en *Hospital Británico* Viel Temperley tendería al misticismo–, Busquet propone, en cambio, pensar lo lógico y lo místico menos como terrenos opuestos que como espacios de continuidad. Si bien de maneras distintas, uno y otro polo, posibilitan un proceso de subjetivación a través de la escritura. Zurita buscaría en su poemario una forma de acercarse a algo que parece escapar de lo representable –la dictadura militar–, mientras que Viel Temperley escribe acerca de algo indecible, su enfermedad terminal.
- 27 A partir de algunos textos de Enrique Lihn y de Héctor Libertella, Francisca Lange indaga en la conformación de una comunidad intelectual y política que se habría producido en el campo cultural latinoamericano de los '60 y '70. El escenario que

propicia esta configuración está marcado por dos sucesos, que suscitan una serie de respuestas por parte de escritores y escritoras: la revolución cubana y el fenómeno del boom latinoamericano. Lihn y Libertella se oponen, a partir de diversas estrategias textuales, a esta idea de una comunidad orgánica ante dichos fenómenos, más bien, contrarrestan estos discursos hegemónicos e impulsan otro tipo de comunión, que es señalada como inorgánica. La literatura sirve, en este caso, como forma para explorar modos alternativos de pensar lo común.

- 28 “El secreto del nombre propio: *Zama* de Antonio de Benedetto y *El obsceno pájaro de la noche* de José Donoso” recorre estas dos novelas desde la figura del secreto del nombre propio, cuyas singularidades permiten articular las tramas de ambos textos. En ellos se produce, así la tesis que sostiene Andrea Kottow, un desdibujamiento de la identidad y de todo proceso de subjetivación, ya sea por una borradura del nombre propio, que queda despojado de cualquier posible sentido en *Zama*, ya sea por desdoblamiento y multiplicaciones que generan identidades intercambiables en *El obsceno pájaro de la noche*. La propuesta consiste en leer estas novelas, que no suelen aparecer en análisis conjuntos, de forma cruzada, para por esa vía ir develando ciertos mecanismos narrativos que comparten.
- 29 La sección “Extensiones” se hace cargo de producciones literarias y artísticas del siglo XXI, configurando así posibles mapas para adentrarse en la zona de contacto chileno-argentina, tal y como es pensada desde el campo estético contemporáneo. En diálogo con el objeto principal del dossier, la zona de intercambio se formula aquí desde un presente interpelado por una serie de fenómenos políticos y estéticos del siglo XX.
- 30 El artículo de Jorge Monteleone, de hecho, pone en escena este tránsito temporal de manera ejemplar, en la medida que organiza su lectura a partir de las resonancias poéticas que ha producido la obra de Nicanor Parra en tres poetas argentinos de distintas generaciones, cuyos efectos se extienden hasta nuestros días. En “Ecuaciones delictivas: artefactos, ambages, poemas plagiados, iconogénesis”, se presenta una serie heterogénea de ecos e inflexiones parreanas en las obras de César Fernández Moreno (1919-1985), Esteban Peicovich (1929-2018) y Mario Ortiz (1965). Para ello, Monteleone actualiza el legado del antipoeta a través de la poética de los *Artefactos*, y por esa vía va dándole forma a ciertas continuidades del imaginario de Parra en la poesía argentina.
- 31 La contribución de Andrés Olaizola se concentra en la obra de la autora chilena Claudia Apablaza. Recorre diversos textos de su autoría, tanto ficcionales como críticos, donde destaca la construcción de un catálogo de autores argentinos del siglo XX. Su trabajo, “Las tradiciones reescritas de Claudia Apablaza”, se centra en las maneras con que se reescribe la tradición literaria argentina en los textos de Apablaza, en aras de acentuar ciertas tensiones y discontinuidades que así se producen. Las estrategias puestas en circulación juegan con bibliotecas imposibles y libros apócrifos, y dinamizan de este modo las formas de poner en relación las tradiciones literarias de Chile y Argentina.
- 32 Por su parte, el trabajo de María Fernanda Libro y María José Sabo construye un panorama que cuestiona la idea de lo nacional para cierta literatura producida en Chile y Argentina. Para ello, su artículo, “Literaturas chilena, argentina y mapuche en zona de encuentro. Estrategias escriturales sobre la violencia en la representación de la otredad indígena”, pone en diálogo a los escritores mapuche Liliana Ancalao y Jaime Huenún, con los escritores “metropolitanos y huincas” María Moreno, Dani Zelko y Galo Ghigliotto. En este marco, propone el término de “descolección” como un

mecanismo que apunta a desarmar la violencia con la que, tradicionalmente, ha sido (re)tratado el indígena en las culturas chilena y argentina.

- 33 En el artículo que cierra esta sección, “Memorias técnicas de lo vivo en Argentina y Chile”, Paula Bertúa repara en algunas producciones visuales contemporáneas argentinas y chilenas, para desde allí analizar la presencia de ciertos procedimientos y problemáticas comunes, que dicen relación con un cuestionamiento de los límites entre lo vivo y lo muerto, lo orgánico e inorgánico, lo humano y lo técnico. De modo más específico, se abordan las obras de la artista visual chilena Celeste Rojas Mugica y de la fotógrafa argentina Helen Zout, en vistas de reflexionar sobre los modos narrativos de las imágenes a partir de su representación del pasado reciente, en particular, sobre la experiencia compartida de la brutalidad de las dictaduras militares.
- 34 La cuarta sección incluye una encuesta hecha a escritores y escritoras de ambos países. A través de preguntas de distinta índole la “Encuesta binacional” entrega un recorrido alternativo a lo propuesto por los artículos en lo referido a los vínculos entre las literaturas argentina y chilena, y permite establecer diálogos fecundos con esa zona del entre-medio a la que da lugar este dossier. Por último, queremos agradecer a las y los autores de cada uno de los textos incluidos en este dossier, por haber compartido con nosotros sus trabajos y reflexiones sobre las literaturas argentina y chilena del siglo XX.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas*, México, FCE, 2000. Traducción de Eduardo Suárez.
- Badiou, Alain, *Le siècle*, París, Seuil, 2005.
- Barthes, Roland, “Réflexions sur un manuel”, *Œuvres complètes III*, París, Seuil, 2004, p. 945-951.
- Bhabha, Homi, *El lugar de la cultura*, Buenos Aires, Manantial, 2007. Traducción de César Aira.
- Borges, Jorge Luis, “Fundación mítica de Buenos Aires”, *Obras completas* vol. I, Buenos Aires, Emecé, 1989, p. 81.
- , “Epílogo”, *Obras completas* vol. III, Emecé, 1989, p. 505-507.
- Edwards Bello, Joaquín, “Buenos Aires, Nueva York del sur”, *Crónicas reunidas I. 1921-1925*, Santiago, UDP, 2008, p. 411-415. Edición a cargo de Roberto Merino.
- Gallo, Macarena, “Entrevista a Damián Tabarovsky. La literatura chilena es mucho más excéntrica que la argentina.”, *The Clinic*, 29/11/2009, p. 22-23.
- Moreno, María, “Pedro”, *Teoría de la noche*, Santiago, UDP, 2011, p. 134-140.
- Rama, Ángel, *La ciudad letrada*, Santiago, Tajar, 2004.
- Sarlo, Beatriz, *Borges, un escritor en las orillas*, Buenos Aires, Seix-Barral, 2003.
- Sommer, Doris, *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*, Bogotá, FCE, 2004. Traducción de José Leandro Urbina y Ángel Pérez.
- Viñas, David, *Literatura argentina y política*, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2017.

NOTAS

1. David Viñas, de forma ejemplar y con la agudeza que lo caracteriza, recoge las distintas facetas con que la cultura argentina ha puesto su atención en Europa desde el surgimiento de la nación en adelante, lo que a su vez lo lleva a formular hipótesis decisivas sobre la configuración de la literatura nacional en la historia argentina (2017: 23-70).
 2. “Las orillas amenazadas de la literatura están en cualquier parte de la ciudad, precisamente porque el margen que son no tiene centro” (Sarlo 2003: 51).
-

AUTORES

ANDREA KOTTOW

Universidad Adolfo Ibáñez
andrea.kottow@uai.cl

CARLOS WALKER

Investigador CONICET – Instituto de Literatura Hispanoamericana, UBA
carloswalker8@gmail.com